

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 26 DE DICIEMBRE DE 1920

NÚM. 19.312

## EL NACIMIENTO DE JESVS Y EL ARTE



CUADRO DE  
BOURDON

LOS ANGELES ADORANDO A JESUS

GRABADO  
DUHAMEL



CUADRO DE  
BLUOMAERT

REVELACION DEL NACIMIENTO A LOS PASTORES

GRABADO  
DUHAMEL



CUADRO DE  
GUIDO RENI

LA CUNA DE JESUS EN BELEN

GRABADO  
DAMBRUN



CUENTOS ESPAÑOLES

EL ROSTRO DE LA MUERTE

MOMENTOS antes de sonar la voz del traspunte por los pasillos del teatro, llamó el empresario en la puerta de Pablo Heredia, el primer actor.

—¿Se puede?

—Adelante, D. Luis.

Heredia desvió un poco la vista del espejo para mirar el rostro del empresario.

—Mala cara trae usted, D. Luis. Poca gente, ¿eh?

—Tan poca, que no podemos seguir así, amigo Heredia. Hay que dar esa *Fuerza Rota* cuanto antes. Si no, el lunes que viene me parece que no hay nómina.

Se dejó caer en una de las butaquitas que había junto al armario de luna.

Heredia no contestó, volviendo al espejo a pintarse levemente los ojos.

Hubo un largo silencio. Ninguno de los dos hombres quería hablar primero, temerosos de soltar alguna palabra imprudente. El empresario confiaba en *La Fuerza Rota*, un drama brusco, áspero, entre hombres de patíbulo y mujeres de hospital, hecho como una malla para el temperamento de Heredia. El gran actor había acogido entusiasmado la obra, y aseguró que en ella obtendría el mayor de sus triunfos. Sin embargo, la escena final le preocupaba hondamente. El protagonista recibía una puñalada y venía a morir desangrado, ya en las nieblas inconscientes de la agonía, a los pies de una mujer.

Durante los ensayos marcó el gesto, sin acentuarlo, con aquella indiferencia monótona que ponía siempre lejos del público.

Pero el empresario y el autor de la obra adivinaron en la expresión débil e imprecisa toda la intensidad trágica que el gran actor daría al momento culminante. Hablaban de ello, y la esperanza corría de unos labios a otros y se asomó a las crónicas teatrales de los críticos.

Heredia se enorgulleció primero; luego, se encogió de hombros; por último, tuvo miedo. Un temor irreflexivo, casi animal, al tercer acto, a aquel gesto de suprema convulsión en el que habría todo: rabia, dolor, amor a la vida, amor a la mujer, vergüenza del nacimiento.

Pero, sobre todo, la violenta tensión facial que pone la muerte al dolor dentro de la vida aún... ¿Cómo serían los ojos? ¿Qué color adquirirían los labios? ¿Y cómo debía sonar la voz? ¿Temblarían las manos? ¿Se crisparían en garra? ¿Tendrían esa languidez, esa enfermiza blandura que parece estirar los dedos?

Preguntas crueles, íntimas, a las que no encontraba solución ante el espejo, o en sus ensimismamientos durante el día y en sus insomnios nocturnos.

Los ensayos no acababan nunca. El autor y la Empresa marcaron dos o tres fechas, y Heredia siempre las retrasaba. Toda la compañía se sabía la obra. Algunas tardes alardearon de ensayar sin apuntador. Por los escenarios corrió la noticia del miedo de Heredia. Hicieron chistes punzantes y atrevidos acerca del actor y del título de la obra. Sus compañeros hablaron de él con esa malsana displicencia de la gente de tablas.

Y, sin embargo, a pesar de la sala vacía, de la desesperación, de los gritos del empresario; a pesar de que comprendía lo peligroso del momento para su gloria, Heredia retardaba el estreno.

—¿Podemos empezar, D. Pablo?

Era el traspunte, asomándose a la puerta entreabierta.

—Pasa—dijo D. Luis.

—Mande usted.

—¿Mal, verdad?

—Sí, señor... Además, casi todos los que hay es gente que vale... Pero no se apure usted: los podemos. Somos más dentro.

Heredia se mordió los labios.

—Bueno... Anda, empieza; llámame la escena antes.

Salió corriendo el traspunte, sonaron tres timbrazos agudos y prolongados. Luego, las voces reglamentarias.

—¡Vamos a empezar! ¡Batería!

Y carreras en el piso de encima y abrir de puertas y cruge-crüge de faldas. Luego, un gran silencio: se había levantado el telón.

—Bueno, amigo Heredia; ¿qué hacemos?

Yo así no puedo continuar. El autor habla de retirar la obra... ¡Figúrese! No hay más remedio que fijar una fecha.

Heredia se resignó.

—Bueno... Pues... el lunes.

—¿El lunes? No, Heredia, de ningún modo. El viernes. Así son cuatro entradas seguras: el estreno, el sábado por la noche y las dos del domingo.

—Pero...

—Nada, nada. Hoy es martes; pues dentro de tres días, pasado mañana, pone usted ensayo general con todo, y yo avisaré a los fotógrafos. Ahora mismo voy a decir que hagan los sueltos en contaduría y que avisen a la imprenta para el pie del cartel. ¿Conformes?

—Bien, sí. Conformes.

Salió el empresario de un salto, y en el pasillo tropezó con el traspunte, que venía gritando:

—¡Vamos; a escena, D. Pablo! ¡Que va usted a salir ya!...

Cerca de las dos de la madrugada salió del teatro, luego de ultimar detalles y responder a consultas referentes al estreno.

Salió solo, rehuyendo todo acompañamiento. La noche era húmeda, de niebla. Finaba noviembre, y un frío sutil le hizo levantar el cuello de piel del gabán.

Echó a andar a la ventura, ansioso de soledad de entrar en sí mismo, lejos del aire caldeado y espeso del teatro, libre de aquella fiebre repentina que había despertado la proximidad del estreno, asegurador de la nómina.

Estaba aturdido, inseguro, acobardado, en esa brutal emoción de inquietud y de hostilidad que nos rompe la carne y el cerebro después de las resoluciones

extremas que nos hicieron vacilar largo tiempo.

¿Cómo expresaría aquel gesto? ¿Cómo serían los ojos? ¿Cómo debía sonar la voz?

Andaba inconsciente, sordo, insensible al agua pertinaz de la niebla. Bajo sus pies, el suelo resbalaba siniestro.

Fué dejando atrás las calles céntricas y amplias, camino de los barrios bajos, que en las noches frías de noviembre tenían una obscuridad trágica. Calles de crimen y de miseria, con faroles de luz amarillenta y, a trechos, el resplandor rojo de una taberna.

Desde los primeros ensayos de *La Fuerza Rota* adquirió aquella costumbre de recorrer los barrios plebeyos, buscando en las guaridas y en los cafetines y en las tabernas el tipo concebido por el autor.

Pero siempre acompañado, como en divirtiéndose holgorio de señorito juerguista. No como entonces, solo y lleno de angustia dentro del cálido abrigo de su gabán de pieles.

De pronto se detuvo, mirando en torno suyo. Se había perdido. Estaba en lo fondo de un callejón; a la izquierda, la negra oscuridad de unos solares. A la derecha, la miseria hostilidad de unas casas altas, con portales estrechos. Ni una voz, ni rumor de pasos. Entre la niebla se abrían las manchas amarillas y opacas de lejanos faroles.

Echó a andar hacia arriba, pisando fuertemente, mintiéndose valor a sí mismo. Por un momento le dolió en el corazón el medroso silencio del sitio.

¿Dónde estaría? ¿Acaso en...?

Dió la vuelta a una esquina y se detuvo mirando a los dos extremos de la nueva calle. Tampoco la recordaba. Frente a él, tres mujeres, gritando, discutían con palabras del arroyo...

Siguió andando por nuevas calles, semejantes y desconocidas, cada vez más desorientado, más inquieto.

Tenía la boca seca, doloridas las sienes.

Y, sin saber cómo, se encontró delante de una taberna. Volvió a él la obsesión del tipo, aquella figura audaz y cínica del chulo que había de crear el viernes próximo.

Puso la mano en el picaporte y abrió la puerta. Un vaho espeso y maloliente le abofeteó.

El local era reducido y pobre. Había tres mesas con gente y una vacía. Detrás del mostrador, un hombre gordo y de bigotes rojos, leyendo *España Nueva*.

Su entrada causó una gran extrañeza

de asombro. Luego, al verle sentarse y desabrocharse el gabán de pieles, hubo cuchicheos.

En una mesa había una vieja astroza, bebiendo a breves sorbos un vaso grande de aguardiente.

En la otra mesa, una mujer y un hombre hablaban en voz baja. Y en la última mesa, en la del rincón, dos hombres.

Se acercó el tabernero a Heredia.

—¿Qué va a ser?

—Cualquier cosa... Cerveza...

Comprendió que había hecho mal en entrar allí; en quitarse los guantes y dejar desnudas las manos con el centelleo de las sortijas. Pero ya no tenía remedio; y como otras veces, en momento de peligro, tuvo la audacia de su imprudencia. Miró fijamente, descaradamente, a los dos hombres del rincón.

Los hombres rehusaron su mirada. Vestían ropas andrajosas y tenían cara de presidio.

Poco a poco el instintivo miedo del actor fué transformándose en curiosidad, casi en alegría. Cualquiera de aquellos hombres podía servirle de modelo. Tenían la frente estrecha, los ojos hundidos bajo la doble oscuridad de las cejas. Las manos velludas, con los dedos cortos y roídos de uñas que parecían garras. Las mandíbulas inferiores se adelantaban con un gesto atávico de fieras.

Pero al poco tiempo, viéndose observado, los dos hombres cambiaron algunas palabras en voz baja y salieron de la taberna.

Pasó tiempo. La vieja se había dormido sobre la mesa. El hombre y la mujer cuchicheaban. El tabernero seguía leyendo *España Nueva*. Heredia se levantó, pagó y salió a la calle.

El frío y la niebla de antes le esperaban fuera. Miró a ambos lados, dudando por dónde ir. Después de todo, igual daba. A algún sitio iría a parar. La calle, desierta y muda. Sus pasos sonaban sobre las losas.

Encendió un cigarro.

Calles estrechas y largas. Calles estrechas y cortas.

De pronto, inesperadamente, una avenida ancha con árboles esqueléticos. Al fondo, moles negras de fábricas. Estaba en las Rondas.

Se detuvo, buscando inútilmente con la vista las luces de un coche.

Sintió pasos detrás de sí. Volvió la cabeza y en la niebla le pareció adivinar dos hombres.

¿Serían?

Siguió andando, y de pronto unos brazos le sujetaron por detrás, le enredaron una pierna entre las suyas y cayó de lado...

Luego un golpe en el pecho, una sensación de frío agudo y se desvaneció.

SAUDADE

Hoy que me invadía con el mal recuerdo la melancolía, ha vuelto a mi mente, más firme, el pasado que borra el presente.

Igual que de niño, unas manos suaves me dan su cariño... Golpea en la puerta de mi estancia el viento, y en la tarde muerta parece un lamento.

Envuelta en la bruma la pálida sombra

se acerca, se esfuma... y su voz me nombra.

La palabra buena me dice, lejana. Es la misma escena de la buena hermana...

Así me decía: «No te quiere, niño; tu melancolía era su cariño.»

Y la voz me nombra; pero, envuelta en bruma, la pálida sombra se pierde, se esfuma.

—¡Su recuerdo es Todo! —Milagro de carne que se vuelve lodo.

—¡El Deseo es Ella!... —La veo lejana como en una estrella.

Hoy que me invadía con el mal recuerdo la melancolía, ha vuelto a la puerta de mi estancia el viento, que en la tarde muerta parece un lamento.

Eduardo M. DEL PORTILLO

José FRANCES



# CONCHA ESPINA, O LA PROFECÍA

Poesía social, novela social, teatro social. La aspiración de Ruskin —«belleza para las muchedumbres»— se torna en la estrofa de Wat Whitman —«muchedumbres para la belleza».

El Número judaico, el Coro griego, la Behetría medioeval, el Socialismo contemporáneo forman collares literarios en la garganta de la Historia. Entre el Héroe y la Multitud, el Arte es como un Titán situado entre el Cielo y la Tierra. Pero, como en la admirable divisa —«Per terram ad celum»—, apoyado en las multitudes, escala, briosamente, la heroicidad. Entre los problemas literarios de la «post-guerra» aparece, robusto, muscular, sanguineo, el Coro moderno, conducido por la Profecía, como Teseo, conducido por Etra. Lleva la mocedad pensativa; el ceño, hosco, y en las manos, en vez de clava, una pluma ligera y fina, como un dardo.

En las entrañas nuevas palpita la maternidad literaria con afanes desconocidos. Ya no son las vigiliadas, encantadoras y románticas, bajo la lámpara familiar, oyendo el gotear de los canales en el jardín de Margarita. Ni los lentos paseos augurales por la playa, entre gaviotas, contemplando las melancólicas barquillas de Lope de Vega. Ni las graciosas escapadas al bosque, animado por las grisetitas de Musset.

En la nueva maternidad, la vigilia está llena de presentimientos. Hay una desazón henchida de augurios. Junto a las cunas nuevas, velando a los infantes que llegarán, está el nuevo Ángel de la Guarda: la Profecía.

Esa gleba, uniforme en la miseria y el dolor, que conduce trenes y barcos, siega las mieses y rebaña en las minas, como en un perol gigantesco, no es el monstruoso ogro de Pulgarcito, sino el titánico y bondadoso San Cristóbal, que, sirviéndose de la palmera como de un bastón, vadea el ancho río con el Niño Jesús a cuestas.

Hacia el nuevo y suave milagro se encaminan los peregrinos literarios, vestidos de ilusiones, santificados de piedad. Es una larga, áspera romería. Hay que cruzar bosques medrosos, ríos profundos, parajes habitados por tribus crueles. Acaso, al escalar las cimas, aguarde al peregrino la triste suerte que al viajero de Longfellow...

No tratamos personalmente a Concha Espina. Pero su retrato y sus libros componen un perfil intelectual pensativo, enérgico y delicado.

Su belleza, morena y grave, como la de madama Royal, parece haber hallado en la Energía «claros y diarios estímulos». Diríamos que su espíritu se ejercita en la voluntad, como un caudillo en los combates o un penitente en la oración.

Alienta entre las páginas de sus obras con un ardor de profecía. Sostiene a sus heroínas como una madre. Acompaña a sus héroes con la inquebrantable perseverancia de las Santas Mujeres a Jesús.

Es poetisa, y también geometra, de la voluntad. Tiene por ella, no la altanera devoción que Nietzsche aprendió de Schopenhauer y Schopenhauer de nuestro Sepúlveda, sino el amor, sereno y lúcido, que Descartes transformó en Método.

Con la prudencia bíblica, jamás dejó extinguir su lámpara. Desde «La niña de Luzmel», su primer libro, estuvo al

margen de la intriga, de los cenáculos. No padeció el terrible mal literario de la impaciencia. Fortalecida de sí misma, prosiguió el duro caminar. En la «gustosa soledad de su compañía», fué, como «El peregrino ilusionado», bebiendo aires puros y recontando las estrellas. Dió «Despertar para morir» y «Agua de nieve», sin levantar mas que cuchicheos. Alcanzó con «La esfinge maragata» el Premio Fastehran y unas gloriosas cortesías, más que entusiastas. Y siguió, con magnífica serenidad, ensanchando dominios espirituales, explorando zonas literarias con «La rosa de los vientos», «Al amor de las estrellas» y «Ruecas de marfil».

Ya, en sus últimos libros—hinchidos de meditación, de emociones y de metafóras—, la flor anuncia el opulento tránsito a fruto. Y el fruto, con sazón y aroma georgicos, se abre, rojo y jugoso, como una granada, en «El metal de los muertos».



Concha Espina

Aparte la efemérides editorial que hace de la novela de Riotinto, en esta larga actualidad de Riotinto, una «Marcha triunfal» libresca, hay que estudiar la efemérides literaria, en su doble aspecto de ser una novela social española y de haberse compuesto por una escritora sin antecedentes societarios.

Recordemos, a este propósito, que la sensibilidad femenina está, frecuentemente, al margen del doctrinarismo político. Así, la novela antiesclavista —«La cabaña del tío Tomás»— es de una mujer, la norteamericana Harriet Beecher Stowe; la novela antimilitarista —«Abajo las armas!»—, de otra mujer, la danesa Berta Suttner; la novela antiprostitucionista —«Galas marchitas»—, de otra mujer, la rusa Paulina Ostrosky...

Ninguna de estas escritoras universales tuvo fines políticos de ninguna especie. Cada cual escribió su libro por ese impulso femenino que es, hasta en las sol-

teras, gracia compasiva, maternidad latente y profética.

«El metal de los muertos» tampoco es una novela partidista. Concha Espina escribió su libro según aquel precepto de Paul Eltzbacher: «No propongo. No supongo. Expongo.»

No hay, pues, en «El metal de los muertos» doctrinas ni hipótesis. Hay, simplemente, narración. Lejos del prejuicio político y de la superchería literaria, la novela está ennoblecida de lealtad.

No es el caso de «Germinal», donde Emilio Zola pasea por las minas un idilio para deducir un programa revolucionario.

Ni el caso de «El dios implacable», donde Alejandro Krupin lleva a una fundición de altos hornos la agresiva sátira

ño de la Bola» y con «Juanita la Larga».

Pero como novela social, como eco formidable, titánico, de doce mil familias mineras, sepultadas en vida entre los subterráneos de La Corta; como tornavoz del suspiro, del sollozo, de la blasfemia, del rugido de «La ciudad doliente»; como enorme, ensordecedor concierto vulcánico, en que se mezclan la arrogancia del capataz, el medroso temblar de las mujeres, la arenga del caudillo y el jaldar de las muchedumbres huelguistas; como profundo, intenso, conmovedor testimonio del calvario humano, «El metal de los muertos» es un libro de plenitud.

Concha Espina carece de antecedentes societarios. No ha sido, como Severine, una militante del socialismo, ni, como Ada Negri, una poetisa de los pobres. Su obra tuvo hasta aquí una realidad puramente literaria, cálida y cordial; pero ajena a ese mundo de los «miserales» victorhuguescos, de los «ex hombres» gorkianos.

Esta misma espontaneidad apolítica avalora profundamente el libro de Concha Espina. Más que una conversión en ese dramático «camino de Damasco» que va del tren hasta La Corta, diríase una revelación en el grave gesto profético de un bello Patmos andaluz.

«El metal de los muertos», pese a ciertos pasajes donde brilla como un puñal la sombría mirada del catequista Echea, mantiene la serenidad expositiva, sin ironías ni amenaza. Aquel objetivismo, tan insistentemente predicado y tan impenitentemente violado por Goethe, está en medio de la vorágine, tan impasible como Daniel entre los leones. Y tiene, como Daniel entre los leones. Y tiene, fética.

Sobre su valor literario, por encima de su valor social, luce ese raro valor ético, tan amado por Blas Pascal y Benjamín Franklin, y que en la inescrupulosa literatura contemporánea tiene un rango de cetro. Hay que insistir en esta cualidad, ya casi desaparecida de entre el mundo falaz, sofisticado y tartufesco que mangonea el libro, la tribuna y el periódico.

Concha Espina produce, en su nueva obra, una consoladora sensación de probidad. No de la probidad pueril, ingenua e inconsciente que se aventura en la verdad hasta la grosería o hasta el fastidio. Sino de aquella probidad pensativa, comprobada, escrupulosa, depurada en finos crisoles de reflexión y estudio y que tiene la belleza grave de una meditación y la belleza geométrica de un poliedro.

Uno de los asombros más gratos que produce «El metal de los muertos» es su compleja documentación técnica. Releyendo estos días las «Conversaciones con Goethe», de Eckerman, hemos visto cómo el creador de «Fausto» se deleita frecuentemente en el estupor que su «Teoría de los colores» y su «Metamorfosis de las plantas» origina entre el sabio mundo académico.

Los sabios se resisten a aceptar al literato como botánico y como físico. El viejo prejuicio de «la especialización» ronda, gruñendo, los jardines de Weimar. Y cuando el respetuoso Eckerman le habla de estas cosas a Goethe, Goethe, familiarmente, explica la misión universalista del escritor.

Sea este gracioso recuerdo como «En vivo» a la admirable novelista...

Cristóbal de CASTRO



# El señorito porqué y cómo

Una vez había tres hermanos: Pedro, el Cachaza; Pablo, el Sin-gustos, y Santiaguillo, el Caviloso. Pedro era gordo, colorado, grandote y amigo de beber en abundancia, comer más de la cuenta y dormir lo más posible. Pablo era enclenque, flacucho, de malas pulgas, aficionado a criticar y a no encontrar nada a su gusto. Santiaguillo era vivaracho, pizpireto, alegre y tan pe-  
queñín, que casi cabía dentro de una bota de Pedro.

Un día, les reunió su padre y les dijo:

—Teméis que marcharos por el mundo en busca de fortuna, muchachos. Yo soy viejo, ya no puedo ganar para vosotros, y, en cambio, vosotros sois ya bastante mayores para poder vivir por vuestra cuenta.

Se despidieron los tres hermanos de su padre y se marcharon. Pero en cuanto se vieron solos, en medio del camino, Pedro se sentó en un montón de piedras, sin saber adonde ir y sin ánimos para nada.

—¿Adónde vamos a ir?—dijo lleno de apuro, como si se le viniese el mundo encima.

—Eso; todo está muy malo y en todas partes será tan difícil vivir como en el pueblo...—gruñó Pablo.

—Más vale no moverse—asintió Pedro.

Santiaguillo, en cambio, brincando de contento, dijo: —Yo me voy al palacio del Rey.

—¿Y a qué vas? ¿Para qué vas?—le preguntaron sus hermanos.

—El rey quiere tirar abajo el árbol que ha nacido a la puerta de palacio, y ha ofrecido tres bolsas llenas de oro al que lo tire; pero nadie ha podido hacerlo, porque en cuanto le cortan una rama, nacen dos, y el árbol cada vez es más grande.

Fueron andando, andando, andando, cuando oyeron unos golpes sordos que sonaban en lo alto de una montaña.

En el acto se paró Santiaguillo y comenzó a rascarse la cabeza.

—Estoy pensando qué podrá ser eso que suena...

A Santiaguillo todo se le volvían preguntas: «¿Qué es eso? ¿Por qué es eso? ¿Cómo es eso?»

Y sus hermanos se reían de él, llamándole el señorito Porqué y cómo.

Pero a Santiaguillo le tenían sin cuidado las burlas, y seguía enterándose de todo.

Santiaguillo se fué al monte, no haciéndoles caso, y vió un hacha que cortaba sola, sin leñador que la moviera.

—Buenos días, mi señora doña Hacha—le dijo—. ¿No te cansas de cortar tan de prisa?

—¡Hola, mi amo!—dijo el hacha—. Esperándote estoy desde hace mucho tiempo. Llévame contigo...

—¡Pues, andando!...

Y Santiaguillo, colgándose el hacha del cinturón, volvió adonde estaban sus hermanos.

—¿Qué era? ¿A qué era un hacha?—dijo Pablo.

Y Santiaguillo contestó:

—En efecto; un hacha, era...

Y siguieron andando, andando, andando.

Llegó la hora de comer y se sentaron a orillas de un arroyuelo para hacerlo. Al terminar, propuso Pedro echar la siesta, y se tumbó a la bartola; pero Santiaguillo se rascó la cabeza, cavilando, y dijo:

—Estoy pensando que ¿de dónde vendrá este agua?

Y Santiaguillo se fué, siguiendo el río, y llegó a un sitio en donde salía un hilo de agua, muy delgado, de debajo de una piedra muy grande, muy grande. Metió la mano y se encontró con media cáscara de nuez que se llenaba de agua constantemente.

—¡Hola, caballero Manantial, buenos días!—dijo Santiaguillo—. ¿No te cansas de estar aquí, quieto y escondido, sin que nadie venga a verte?...

—¡Hola, mi amo!—dijo entonces la nuez—. Esperándote estaba desde hace mucho tiempo, para que me lleves adonde quieras.

—¡Pues, andando!...

Santiaguillo se guardó la nuez en la gorra y echó a correr para unirse con sus hermanos.

—He descubierto... un manantial—dijo Santiago.

—¡Eh! ¡Lo que ha descubierto!... ¡Vaya un sabio!... No hablaron más y siguieron andando, andando, andando.

Ya veían el palacio del rey a lo lejos, cuando oyeron dentro de una cueva unos golpes.

Santiaguillo se quedó parado, rascándose la cabeza. —¿Qué haces?

—... Estoy pensando que ¿porqué sonarán esos golpes?...

Echaron carretera adelante Pedro y Pablo, mientras que Santiaguillo se metía en la cueva para ver.

Allí se encontró un pico de minero que picaba la piedra, sin parar y sin que nadie lo manejara.

—¡Buenos días, señor Pico, buenos días! ¿No te cansas?—dijo Santiago al pico.

—Esperándote estaba, mi amo—respondió el pico al muchacho.

—Pues, vámonos.

Y echándose a la espalda, corrió por el camino, llegando al palacio del rey cuando ya era de noche, y reuniéndose con sus hermanos en el pueblo.



En la puerta del palacio encontraron el árbol gigante y, clavado en el tronco, este letrero:

S. M. EL REY HACE SABER:

Que si alguno consigue echar abajo este árbol, tendrá tres sacos, llenos hasta arriba, de onzas de oro. Que si alguno consigue abrir un pozo en el patio de palacio, se casará con la princesa.

Esto lo dice el rey.  
Y lo que dice, lo hace.

—Así me gusta—dijo Pedro—. Tiraré el árbol, haré el pozo y me dará luego una vida de príncipe.

—¡Como que vas a poder tú!—recargó Pablo—. ¡Si fuera yo!...

Estaban hablando así, cuando, al dar la vuelta al árbol, vieron del otro lado, clavado en el tronco también, otro cartel que decía:

S. M. EL REY HACE SABER:

Que si alguno quiere cortar el árbol, y no puede, se le cortarán a él las orejas. Que si alguno quiere abrir el pozo, y no puede, se le darán doscientos palos. Esto lo dice el rey.  
Y lo que dice, lo hace.

—Esto ya no me gusta—dijo Pedro—; pero ya veremos si me salgo o no con la mía.

Lo mismo pensó Pablo, y los dos, uno tras otro, se presentaron al rey, diciéndole que ellos derribarían el árbol y abrirían el pozo.

Pero cuando llegó el momento de hacerlo, ni Pedro con su fuerza, ni Pablo con sus mañas, lograron llevar a cabo la tarea; y el rey mandó que cogieran a los dos y los metieran en la cárcel para cortarles las orejas y darles los doscientos estacazos.

Entonces se presentó Santiaguillo, y, montera en mano, dijo al rey:

—Señor: ahora me toca a mí.

El rey, viéndole tan pequeño, se enfureció.

—Pero, mequetrefe, ¿quieres también perder las orejas?

—Si las pierdo o no las pierdo, se verá—dijo Santiaguillo—. Por lo pronto, ahora me toca a mí.

Y soltando el hacha, comenzó a decir:

—¡Brinca y salta! ¡Brinca y salta!

Y el hacha empezó a brincar y a cortar por todas partes, tan ligera, que dejó el árbol hecho un montón de leña antes de que tuviera tiempo de echar otras ramas.

—¿Dónde hago el pozo?—dijo Santiaguillo al rey, cuando el árbol estuvo en tierra.

Le llevaron al patio de palacio. Allí Santiaguillo soltó el pico y le dijo:

—¡Brinca y salta! ¡Brinca y salta!

Y el pico empezó a brincar y a saltar, tan ligero, que hizo en la piedra un pozo de dos metros y medio en tres minutos.

—Pero falta el agua—dijo el rey.

Santiaguillo entonces metió dentro del pozo la nuez, y en cuanto dijo: «¡Brotó y saltó! ¡Brotó y saltó!», se llenó de agua el pozo y todos se quedaron con la boca abierta.

El rey entonces le dió los tres sacos de oro, y la hija del rey vino corriendo, sin aguardar a que la llamara su papá, para que la casaran con Santiaguillo, pues se había enamorado de él al ver que sabía tantas cosas.

Santiaguillo y la princesa se casaron, y al preguntarle el rey qué regalo de boda querían, contestaron ellos que el perdón de los dos hermanos de Santiago.

De este modo salvaron las orejas Pedro y Pablo, libraron sus costillas del palo y vivieron todos muy felices.

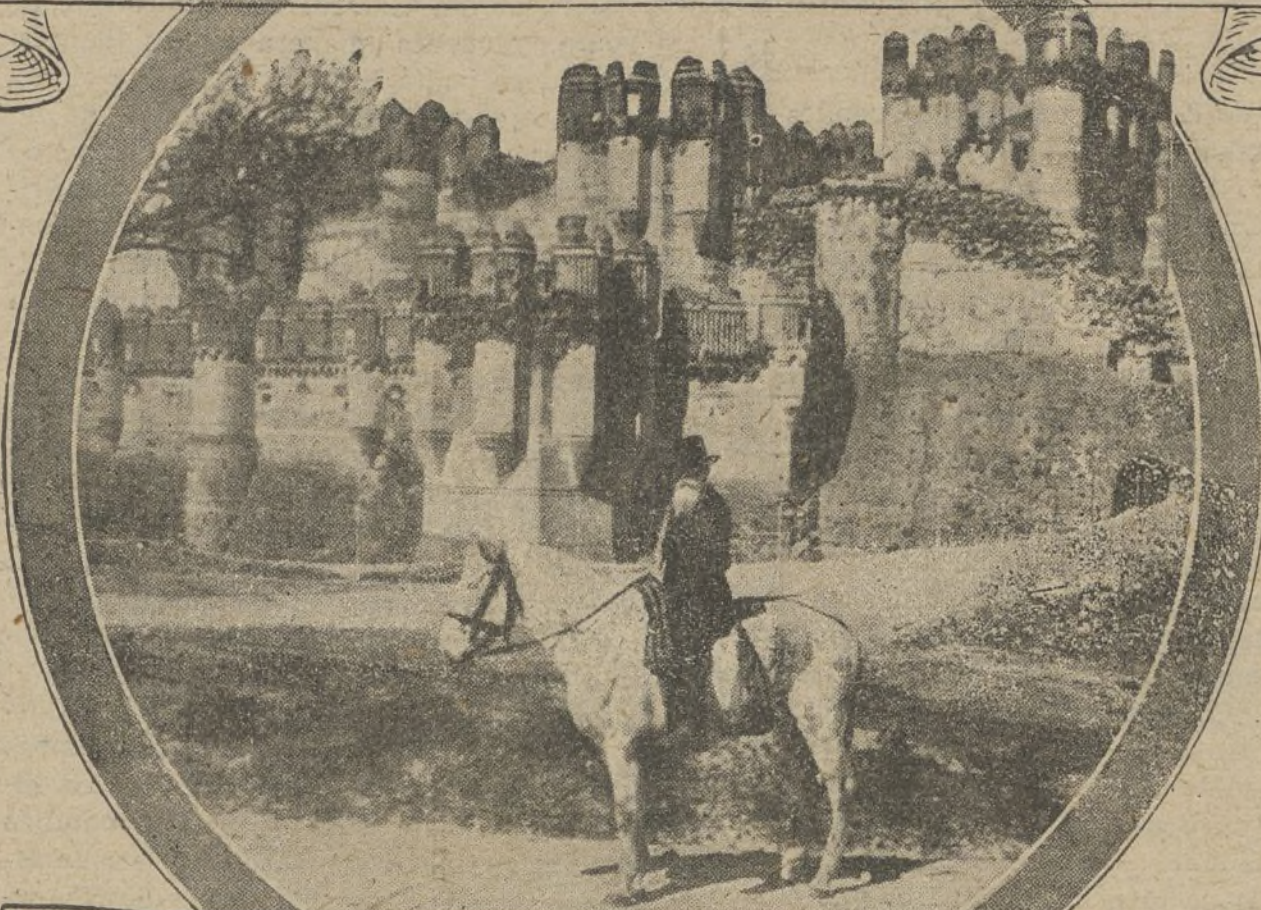
Por la narración,  
Manuel ABRIL

Dibujos de F. ARTOLOZZI.





# LOS ZULOAGA EN SEGOVIA



DANIEL ZULOAGA ANTE EL CASTILLO DE COCA



UNA MOZA DE RUMBO

incomprensiva y fea (con la fealdad especial de las vidas mediocres nutridas, más que con alimentos, con comadreo y envidias) se pasea por el «salón» haciendo, junto a la catedral señora y al «barrio de las brujas», lo que haría en el andén de una estación moderna y sin sentido. Las muchachitas, vestidas «como en Madrid», y los jovencitos—¡oh, romanticismo de los horteros provincianos!—remedando el aire de los veraneantes de Cercedilla (que a su vez lo remedan de los de San Sebastián), nos resultan más exóticos que los turistas ingleses, ya que, como nadie ignora, un turista inglés tiene su consuelo, su Baedeker y su «patria por derecho» en todas partes.

Y ver a esta gente es aún más desconcertante que ver a los turistas de Albión, que, al menos, pasan de prisa.

Por la mañana hemos visto, saliendo de las iglesias doradas, unas mujeres excelentemente arrehujadas en ropas negras; más tarde, al pie del acueducto, vimos a unas mujeres con refajos anchos y pañuelos bordados, y en una calleja estrecha y empinada, en que cuchicheaban misteriosamente dos viejas de aparejo redondo, nos hemos tenido que apartar para dejar paso a unos burros montados por viejos con faja azul, calzón corto y sombrero de medio queso. Al atardecer, las piedras y la tierra eran del mismo oro, y la silueta de la catedral orgullosa sobre el cielo con una dominación inapelable. Y pensamos: ¿Es que no habrá nadie que sepa, no comprender, ello es fácil, sino vivir, el encanto segoviano?

En esto, un rumor de escándalo agita el «salón»; suspéndese un punto la vida de andén veraniego; las muchachitas, vestidas como en Madrid, aparecen decididamente provincianas; los horteros encógense, como si un invisible mostrador se les hubiera plantado súbitamente delante; los papás miran con el rabllo

del ojo y las mamás se hacen cruces: pasan los Zuloaga.

Cuando digo los Zuloaga, me equivoco: Daniel Zuloaga, el viejo y noble artífice, tiene efectivamente su personalidad independiente y, como tal, definida; pero «ellas», sus hijas, son, ante todo y por encima de todo, «las primas de Zuloaga», esas que Ignacio en sus lienzos ha hecho famosas por los Museos y las galerías privadas de ambos mundos: *Mi prima Cándida; Mi prima Esperanza; Mi prima Teodora*, con sus nombres castizos y hieráticos que tan a España saben por tierras yanquis o francesas. Y son todas ellas, individual y colectivamente, vivas encarnaciones de la obra que, por ambos mundos, es, a su vez, viva encarnación de su tierra. De cabellera negrísima, de grandes ojos abrasados y de boca

exageradamente sangrienta, pasan por el anémico «salón» como una ráfaga de aire puro, fuerte, como una fuerza inquebrantable... y desafiadora.

¿Cómo se les va a perdonar? No; verdaderamente, las únicas amistades de las Zuloaga en Segovia deben ser sus naturales compañías: el acueducto, la catedral, las viejas vestidas de negro, los viejos de sombrero de medio queso y el oro esparcido por el aire.

Estó son los Zuloaga por la calle. En su casa son, además de figuras artísticas, productores de arte. Bueno: su casa no sé cuál es, ni me importa. La casa de los Zuloaga, en Segovia, es esta antigua iglesia de San Juan de los Caballeros, que D. Daniel convirtió, hace ya unos años, en taller de cerámica, construyendo, incluso, en una de las naves los hor-

nos para las grandes piezas. Aquí, junto al padre y a Juan, trabajan todo el día Teodora y Esperanza, Cándida, la mora, la del Sur, la que para Ignacio sabe mejor que ninguna envolverse en el pañolón negro o blanco, permanece recóditamente junto a la madre.

¿Quién habló de modernismos ni de feminismos? Para su tarea diaria, Esperanza y Teodora sólo necesitaron que dan



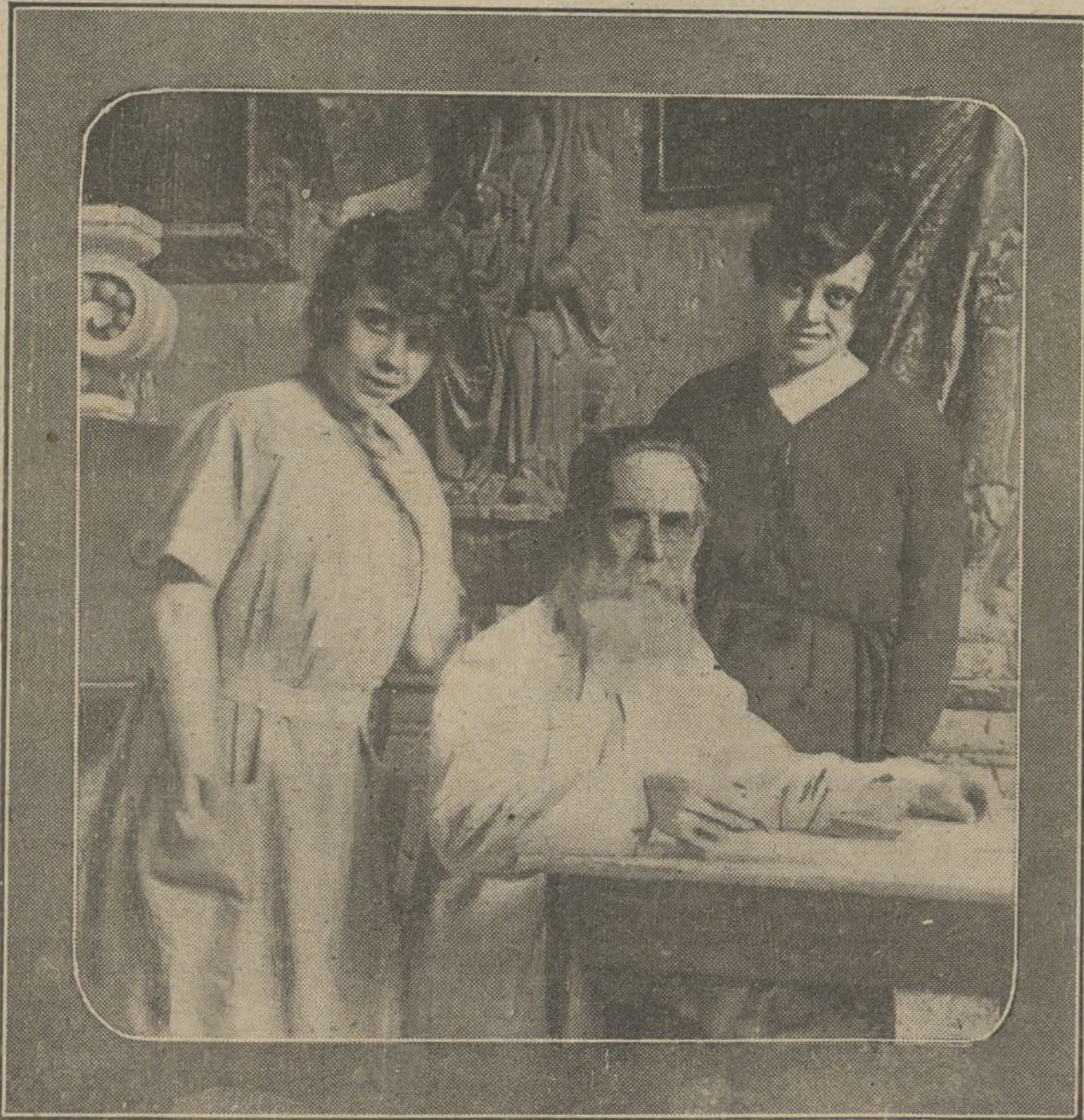
TIPOS SEGOVIANOS

Daniel—el de las barbas apostólicas y el hablar rudamente castizo—creara en torno de él el ambiente de un taller renacentista. La obra la hacen todos; a veces la firma el padre; a veces, Esperanza; a veces, Juan; da lo mismo. La pieza más grande y el más infimo plato son obra de «dos Zuloaga».

Por este taller de San Juan de los Caballeros no van las gentes del «andén de la estación»; pero desfilan cuantas gentes ilustres o simplemente cultas vienen a España. Van a ver las cerámicas esplendorosas, en las cuales el apasionado fervor de D. Daniel resucita la gloria de las artes menores de nuestras grandes épocas, a la par que encierra un pedazo del oro segoviano; o van a ver a Teodora, con su nombre y su porte de emperatriz de Oriente, aplicar su «fiereza» a las delicadas pinturas de un mosaico, o van a ver a Esperanza, con su garbo, sus peinas y sus zarcillos de gitana jugar con «su amiga»: una calavera hallada en el taller y que ella, muy seria, asegura ser la de una princesa húngara. Y van sencillamente a reposarse en una atmósfera ya única en el mundo: la de toda una familia creando belleza y encarnando certidumbre espiritual.

¿Exóticas las primas de Zuloaga? Exóticas entre la muchedumbre de Segovia, ciertamente; pero no en el ambiente suyo. Puesto que existe la obra de Zuloaga, tenían que existir también ellas. Son la vida de esta obra, la vida material que nos dice toda la verdad de su espíritu. Y su presente nos garantiza toda la obra de Ignacio, pues tienen el mismo origen en el fondo más recóndito de la raza. Y D. Daniel continuando y haciendo continuar junto a él la tradición de los Zuloagas, artífices del diez y ocho, no hace mas que prolongar algo que no podría jamás haberse improvisado.

Margarita NELKEN



DANIEL Y SUS HIJAS, «LAS PRIMAS DE ZULOAGA»

Ayuntamiento de Madrid



## VIEJOS RINCONES DE MADRID

## LA ENCARNACIÓN REAL

No parecía la fanática España de los Austrias satisfecha con la pasada hazaña de los Reyes Católicos, que expulsaron a los judíos y con ellos un elemento considerable de riqueza, sino que, llegado el reinado de Felipe III, vino en consideración de que todavía la pureza religiosa del país recibía notable afrenta con la presencia de los moriscos, y el arzobispo de Valencia, Juan de Ribera, puso todo su piadoso empeño en conseguir del católico monarca el extrañamiento de tales gentes, con lo que la población nacional y el cultivo de los campos recibieron nueva e irreparable merma.

De la expulsión de los judíos quedó a la historia madrileña el recuerdo del barrio de Lavapiés y la calle que desde entonces se llama de la Fe, por haberse quitado de ella la judería, así como la sinagoga desapareció para que más tarde se levantase sobre su solar una iglesia dedicada al mártir San Lorenzo, con lo que parecían quedar purificados aquellos lugares. Pero no del todo, pues que allí cerca quedaban los moriscos, contribuyendo a hacerles abandonar sus viviendas, en tiempo de Felipe III, el trinitario Simón de Rojas, quien por aquel nuevo triunfo de la fe dió el nombre de calle del Ave María a la que ocupaban los nuevos expulsos.

Ciento veintitrés familias fueron arrojadas de Madrid, donde eran, como en el resto de España, útiles e industriosas. Tan fausto suceso, que de tal manera afectaba a la salud de la Península entera y los dominios del católico monarca, debía ser solemnemente celebrado. Así pensó la poderosa reina doña Margarita, quien acaso recordando que su suegro había hecho levantar el monasterio de El Escorial para conmemorar la victoria de San Quintín, decidió celebrar esta otra no menos gloriosa, según su leal saber y entender, y para ello ideó alzar en esta corte un suntuoso convento que consagrara al misterio de la Encarnación de Cristo, y serviría de aposento a las religiosas descalzas de San Agustín, a quienes visitaba a menudo en su residencia de Valladolid, y de la cual hizo venir el día de San Sebastián, 20 de enero de 1610, a la que había de ser primera priora de la nueva casa, madre Mariana de San José; la madre Francisca de San Ambrosio, hermana de la marquesa de Poza; la madre Catalina de la Encarnación, y la hermana Isabel de la Cruz, que había sido compañera de doña Luisa de Carvajal, que padeció y murió por la causa de la religión en las cárceles de Londres.

Apeáronse en el alcázar de los reyes, quienes las esperaban en la estancia del príncipe, que estaba enfermo. Fueron luego al oratorio, donde la reina dijo a las monjas: «Aquí toma el rey muy largas disciplinas.» Pasaron al cuarto de sus hijos, donde la priora tomó en brazos a la infanta doña Margarita, con lo que dijo la soberana: «Priora, pedid a Dios que nos la dé para monja de nuestro convento.» Mostrólas luego los ornamentos que iba disponiendo para la nueva casa de religión, y llevólas después al convento de las Descalzas para que visitasen a la otra infanta sor Margarita, y permaneciesen allí dos días, pasando en el de San Ildefonso al monasterio de Santa Isabel, donde debían habitar mientras se construía el edificio que se las deparaba. Por cierto que, poco después, entró en la nueva Comunidad la primera novicia, que fué doña Aldon-

za de Zúñiga, hija de los condes de Miranda, apadrinada por los reyes, quienes, en memoria de tal fecha, regalaron a la priora un vaso grande de ágata, guarnecido de rubíes y de oro, labrado por las propias manos del emperador Rodolfo, que se valió en cinco mil ducados, para que se pusiese en él el Santísimo Sacramento.

Eligióse para sitio del monasterio de la Encarnación el que ocupaban las casas de los marqueses de Poza, en las proximidades del alcázar, para que pudiesen los reyes pasar allí desde sus habitaciones sin salir de palacio, y encomendóse la obra a Juan Gómez de Mora. Como alguien dijese a la reina que la traza de la iglesia era pequeña, respondió: «No importa; yo la enriqueceré de manera que no haga falta la traza.» Fué muy solemne el día de la colocación de la primera piedra, que colocó el rey, asistiendo la reina con sus hijos desde las ventanas del colegio de doña María de Aragón, y bendiciendo el acto D. Bernardo de Rojas y Sandoval, cardenal arzobispo de Toledo.

Estaban apenas comenzadas las obras cuando la reina moría en El Escorial, al dar a luz a su hijo el infante D. Alfonso, que por eso fué llamado el Caro, ya que costaba la vida de su madre, no sin antes haber escrito la soberana numerosas cartas a diferentes partes de su reino y de otros para que enviasen piedras preciosas, mármoles, jaspes, bronce, plata, telas, brocados y sedas, para mandarlas a la reciente Comunidad, a la que también mandó como singular regalo la cama donde había nacido el príncipe, después rey Felipe IV. Sin que se nos alcance qué misterio podría tener semejante obsequio, si no era verdaderamente una alusión a la encarnación real, como el nombre que llevaba el monasterio.

El día de la Visitación, sábado 2 de julio de 1616, inauguróse el nuevo convento con tanta solemnidad, que el rey mandó al arzobispo que se hiciese festiva la jornada. La distancia, no muy larga, que mediaba entre la casa del tesoro (que se hallaba junto al alcázar, en lo que es hoy un trozo de la calle de Bailén y parte de la plaza de Oriente, por el lado de la Puerta del Príncipe) y el monasterio aderezóse con ricas tapicerías. En su pórtico había dos altares, puestos por el rey, el uno, y por la Orden de San Agustín, el otro. Otros cinco altares compusieron la condesa de Valencia, el duque de Peñaranda, el de Uceda, el de Lerma y el patriarca de las Indias, y fueron muchas y de gran riqueza las dádivas que nuevamente se enviaron a las Agustinas de la Encarnación. A las seis de la tarde entró el rey en la casa del tesoro, acompañado del príncipe, de la princesa, infantas doña María y doña Margarita, y los infantes D. Carlos y D. Fernando, ricamente ataviados, así como la Corte que los seguía, y tras ellos una procesión general de la clerecía y religiosas; acompañando al Sacramento, el patriarca de las Indias, D. Diego de Guzmán, con varios arzobispos y obispos, haciéndose por la noche grandes regocijos públicos con fuegos y luminarias.

Siguieronse las ceremonias al siguiente día, en que sus altezas se quedaron a comer en el convento, volviendo el rey por la tarde, y así continuaron las fiestas hasta el día 6, en que se hicieron las solemnes exequias de la reina, en las que dijo la misa D. Fernando de

Acevedo, arzobispo de Burgos y presidente de Castilla, y predicó el padre Jerónimo de Florencia. Fuera languisima la enumeración de las dádivas, verdaderos y cuantiosos tesoros, que los reyes siguieron concediendo a este convento, y cuenta que era en los tiempos en que se pedía limosna para que el rey comiese; pero como curioso detalle no quedará sin consignar el caso de que se dió a estas monjas el derecho a las primicias de unas minas de plata que fueron descubiertas por aquel tiempo, diciendo que se las daba para que hiciesen un arca en que encerrar el Santísimo Sacramento el día de Jueves Santo.

La iglesia de este convento, que es de las más notables y bellas de Madrid, fué reformada interiormente en el siglo XVIII por Ventura Rodríguez, siendo consagrada en 1767 por D. Manuel Quintano Bonifaz, arzobispo de Farsalia, y aun conserva obras de arte muy notables, como el retablo mayor de mármoles, en el que hay un gran cuadro de Vicente Carducho, representando la Anunciación; dignos de mención son también los techos pintados por Bayen y los hermanos Velázquez; pero lo más admirable de este templo son las esculturas de San Agustín y Santa Mónica, labor del famoso imaginero Gregorio Hernández. Fué demolido en parte el convento en 1842, que volvieron a él después de la reedificación en 1847.

La vida de este monasterio, brillante en el reinado de sus fundadores, no pasó en su esplendor más allá del tiempo de los Austrias. En esa iglesia fué donde, hallándose un día Felipe IV acompañando al Santísimo Sacramento, llegósele un labrador gritando: «Señor, esta Monarquía se acaba.» «Debe de ser un loco»—dijo el rey al almirante de Casti-

lla; y muy luego subió a consolarse del disgusto en el seno de la Comunidad, y quién sabe si a contradecir en lo posible el criterio del labrador.

El Príncipe de la Paz solía ir a misa a la iglesia de la Encarnación, alternando con la de San Gil, más próxima al palacio real, no queriendo evitar, ni en una ni en otra, el asedio de los pretendientes que acechaban aquella ocasión para acercarse al favorito, sin necesidad de pedir audiencia ni hacer antecala. José Bonaparte, que por el bien pareciera también a misa algunas veces, acudía frecuentemente a la Encarnación, y una vez halló sobre la verja de la entrada una alusión harto directa. Había un gato ahorcado, y junto a él un letrado que así decía:

«Si no lías pronto el hato  
te verás como este gato.»

Emplazado en un paraje histórico este convento, cercano al palacio de Godoy, al colegio de doña María de Aragón, al palacio de los Inquisidores, a la casa de Martínez de la Rosa, en la calle de las Rejas, y a la de la reina Cristina, incendiada en las jornadas de 1854, sólo él permanece con su carácter tradicional, en medio de tanta mudanza de los tiempos. Para mayor singularidad, en él se guarda, lo mismo que en Nápoles, la sangre de San Jenaro, una ampolla con la sangre de San Pantaleón, que por especial milagro se liquida todos los años precisamente el día del santo, 27 de julio, y vuelve a solidificarse después de haberse ofrecido a la veneración de los fieles creyentes, que en estos casos se procura que sean más creyentes que fieles.

Pedro de REPIDE

## TIPOS GROTESCOS

## LA CUPLETISTA CASTIZA

EN eso de las *varietés*, como en todo, imperan las modas, y basta con que una artista a *media gran voz* se cante un cuplé diciendo que es completamente versallesca y obtenga éxito, para que todas las demás crean que la propia y difunta reina María Antonieta ha influido en esta acogida, y se lanzan al escenario, asegurando que Luis XVI y ellas, primos hermanos, y que el Triánón viene a ser como una continuación de su casa.

Claro está que, en la mayoría de los casos, estas artistas del género ínfimo saben de Versalles lo mismo que de las murallas de la China o de la cuenca del Ter; pero no importa: lo absolutamente necesario es seguir las huellas por donde han ido las que anteriormente se llevaron palmas y tabacos.

Estos últimos para las señoras madres, porque las hay dentro del género que fuman en pipa y hacen «cola» a la puerta de los estancos si es preciso.

Ahora, en estos últimos tiempos, lo que más se lleva es el género Goya; y al pobre D. Francisco le ha salido *un porción* de hijas, nietas y sobrinas. No hay cupletista que se estime en algo que no luzca su bueno y arbitrario traje de maja y que no posea dentro de su repertorio un cuplé que diga, poco más o menos, las siguientes incongruencias:

Soy de Goya la maja querida;  
soy de Goya la más preferida,  
la maja chipén,  
la maja fetén,  
la de más trapío,  
la de más tronío,  
¡y me va muy bien!

No es que le vaya bien, precisamente, lo que ocurre es que lo mismo da oírle a la *divette* esa idiotez que otra; y el único comentario que al espectador se le ocurre, si para mientes en la letrilla, es decir: «¡Pues si Goya levantase la cabeza, no era trastazo el que le pegaba con la paleta a esa!»

Esto de la maja y de Goya está actualmente en todo su esplendor, y es una de las preocupaciones de la cupletería en boga.

—¡Muy bien, Purita; muy bien! Tiene usted un repertorio precioso.

—¡Ah! Pues esto no es nada—interviene diciendo la madre de la artista—. Ahora le están terminando, entre cuatro machachos, un cuplé que va a ser un alboroto.

—¿Cuatro nada menos?

—Es que ellos no son poetas, precisamente, y cada uno va diciendo un verso que pegue bien con el del otro, y así va saliendo.

—Sí; así irá saliendo ello. ¿Y sobré qué es el cuplé?

—Sobre ese señor del barrio de Salamanca.

—Sobre Goya, mamá.

—Bueno; ¿es que Goya no está en el barrio de Salamanca?

—Efectivamente.

Cuando los cuatro poetas, que no son poetas, entregan a la cupletista la canción, la artista está a punto de desmayarse de gusto.

—¡Qué bonita es! ¡Qué delicada!  
—No está mal; pero la niña no baila; es sólo cantatriz, y eso a consecuencia



de un susto que le dió el ama de cría cuando era pequeña.

—Pero si no tiene que bailar!  
—¿Que no? Entonces, ¿por qué se habla aquí de tientos? Los tientos se bailan.

—Señora, el tiento es una cosa que usan los pintores.

—¿Pintan con tiento? Pues no me gusta. Pongan ustedes que pintan con tino, y viene a ser lo mismo y así no hay confusiones.

De todos modos, no las hay, porque cuando la muchacha, disfrazada de maja de tapa de caja de pasas, sale al escenario, no tiene necesidad de abrir la boca para que los espectadores digan: «¡Vaya! Otra descendiente de Goya!»

Eso sí, rompe a cantar, e inmediatamente se ve que recuerda a Goya; pero es por sus fusilamientos, y al abandonar el teatro no puede uno menos de pensar: ¿Cuándo la tomarán éstas con el Greco, o Velázquez, o siquiera con Moreno Carbonero? Porque, ¡caray!, al pobre Goya le están mandando a fuerza de colgarle ridiculeces.

Pero, sí, sí; las artistas no renuncian tan fácilmente a la moda, y majas de Goya habrá hasta que a una se le ocurra escoger a otro personaje histórico como antecesor, y entonces comenzarán a salir descendientes del Cid, o de Pepe-Hillo, o de D. Pedro el Cruel, hasta que se agote el tema. Hasta que esto ocurra, las cupletistas seguirán siendo castizas y marchosas y saliendo a escena como si saliesen vestidas de madrinhas de boda en los barrios bajos.

Por ahora, Goya es el que más partido tiene, y así seguirá hasta que la moda cambie y sea, por ejemplo, la divina reina Isabel la Católica la que aparezca continuamente en los escenarios; y entonces oigamos cuplés alusivos a ella, a su señor marido, también ya difunto, D. Fernando; al Gran Capitán, a Boabdil y a Cristóbal Colón.

¡Oh! Y serán preciosos, porque todos los autores de cuplés, además de la gracia, tienen una picardía que asusta.

A. R. BONNAT

## DIVAGACIONES CIENTÍFICAS

### LA EDAD DE LAS ESTRELLAS

Los poetas, que en la antigüedad se llamaron vates esto es, adivinos, por tener el don de profetizar los acontecimientos, cuentan entre nosotros con gloriosos ejemplares.

Bien conocidos y repetidos son aquellos versos de Lope de Vega que anticiparon uno de los más grandes inventos del siglo XIX:

Con la rapidez del rayo  
las noticias han venido.  
Quién sabe si con el tiempo  
vendrán con el rayo mismo.

Esta es la predicción del telégrafo, lisa y llanamente.

De Calderón de la Barca son otros versos, menos conocidos y también proféticos.

Recordémoslos:

Dicen que dos instrumentos,  
conformemente templados,  
por los ecos dilatados  
comunican los acentos.  
Tocan el uno, y los vientos  
hieren el otro, sin que allí

nadie le toque. Y en mí  
esa experiencia se viera,  
pues si el golpe allí te hiriera,  
muriera yo desde aquí.

¿No es esta la predicción de lo que pudiéramos llamar la radiografía telepática? Pero, como en todo hay excepciones, vate hemos tenido que se ha equivocado.

Fué D. Juan Ruiz de Alarcón, el que en *La verdad sospechosa* dijo:

El mentir de las estrellas  
es muy seguro mentir,  
porque ninguno ha de ir  
a preguntárselo a ellas.

Hoy la astronomía pregunta a las estrellas, y las estrellas contestan y no tienen más remedio que contestar la verdad linda y moronda. No pueden mentir ni aún sobre el punto más escabroso que sea el objeto de la pregunta. Es decir, que llegan al verdadero colmo, siendo ellas, de confesar... ¡hasta la edad!

El mismo Alarcón, en su citada comedia, nos habla, por boca del gracioso Tristán, le Astrología comparada:

Resplandecen damas bellas  
en el cortesano suelo,  
de la suerte que en el cielo  
brillan lucientes estrellas.

Bellas casadas verás  
conversables y discretas,  
que las llamo yo planetas  
porque resplandecen más.

Verás de cautos pasantes  
hermosas recientes hijas;  
éstas son estrellas fijas,  
y sus madres son errantes.

La buscona no la cuento  
por estrella, que es cometa,  
pues ni su luz es perfecta,  
ni conocido su asiento.

Niñas salen que procuran  
gozar todas ocasiones;  
estas son exhalaciones  
que mientras se queman, duran.

Pero que adviertas es bien,  
si en estas estrellas tocas,  
que son estables muy pocas,  
por más que un Perú les den.

Y así, sin fiar en ellas,  
lleva un presupuesto solo,  
y es que el dinero es polo  
de todas estas estrellas.

Sería curioso establecer un párrafo entre las estrellas del cielo y las estrellas de la tierra, que son, por antonomasia, las estrellas de la escena en el género llamado infimo o, afrancesadamente, de *variétés*.

Por regla general, y sálvese quien pueda, una estrella de variedades disfruta de dos privilegios exclusivos, a saber: uno, que nunca varia; otro, que jamás envejece. Todo lo que sea meternos en averiguaciones más allá de los veintisiete años, como única y definitiva concepción, es caer en un abismo insondable de conjeturas y suposiciones.

Al revés, las estrellas del cielo, en cuanto han celebrado entrevistas con los astrónomos, no se han quitado ni un solo día. La bóveda celeste se halla poblada de astros jóvenes y viejos, mientras las cupletistas y danzarinhas siderales, tantas ya en número, se nos muestran eternamente inmarcesibles.

Y téngase en cuenta que las investigaciones astronómicas modernas no contradicen en modo alguno a la Biblia; pues si el firmamento, el sol, la luna y las estrellas fueron creadas de una vez, esto no obsta para que hayan envejecido unas estrellas antes que otras, según su constitución física y química.

Sobre su constitución, su paralaje, o sea su posición y su altura, y, en fin, sobre su desgaste, se han hecho recientes experimentos, al parecer decisivos, con ayuda de los instrumentos ópticos, de la fotografía y de las reacciones luminicas, que nos llevan a conocer a las estrellas de allá arriba como a nosotros mismos.

Cosa imposible con las estrellas de aquí abajo, examinadas a la distancia del escenario, que, aunque no lo parece, es inmensa, o ante las fotografías transformistas del reclamo, o según la luz del foco polierómico, y mucho me-

nos por el resultado físico... y químico. Una estrella de veras se rinde a las pruebas de la ciencia. Una estrella de guardarropia, cuanto menos físico, cuanto más química, más juventud y más frescura.

Podemos saber si Venus es más o menos joven que Simio, Urano, que Saturno, Mercurio que Marte, etc., etc.

Pero jamás la edad que tienen la mayor parte de las bellas y las ideales estelares del microcosmos varietístico, ni aunque se lo preguntemos a sus respectivas mamás, que a lo mejor resultan todavía más jóvenes que sus perdurables niñas.

Fernando de ORMAZA

## COMIQUERIAS

### COLOQUIO DE LOS CRÍTICOS

RECORDAREMOS la consabida frase del ironista:

Señales son de juicio  
ver que todos lo perdemos.

—¿Quiere usted decir?... Porque la crítica no es ironía.

—Ciertamente. Debe ser comprensión. Pero los juicios humanos son deleznable y erróneos casi siempre. Recuerde usted *Sur la pierre blanche*, de Anatole France. Dialogan allí unos hombres de alma selecta. Acerca del porvenir son sus comentarios. ¡Y qué bellamente se equivocan esos hombres!

—La crítica es el buen sentido.

—O sea un valor de verdades. Si los críticos al juzgar no perdiesen el juicio, la medida, ¿serían conocidos ciertos autores de teatro, muchos cómicos? ¿Toleraría el público lo que ahora tolera?

—¿De nada sirve la crítica?

—¡Ojalá! Pero sirve...

—No me explico.

—Ni hace falta. Los críticos son hombres paradójicos. Verá usted... La sala del público tiene encantos, sin duda; como que a las veces allí está el verdadero teatro; pero hay críticos que prefieren no asistir a la función y se van al escenario, a los saloncillos. Otros, dormitan mientras se representa. Martirio tremendo es ir al teatro por obligación. Los autores no lo tienen en cuenta.

—¿Va usted a decir que se juzga las comedias sin verlas en representación?

—¡Naturalmente! Basta que el crítico se informe de los espectadores, durante los entreactos, o del taquillero... Algunos, de máxima honradez, asisten a un ensayo... ¡Y eso que muchas obras dependen del sastre, del pintor escenógrafo, de la moda, que es capricho y es actualidad.

—Usted bromea.

—¿Yo? «No tengo tiempo para leer. Ahora destripo los libros», dice la condesa de Pardo Bazán. Se explicará usted que las críticas más justas y ponderadas se escriban sin haber visto las comedias. Basta el destripe que la eximia escritora aconseja finamente. ¿No ha oído usted hablar del escarpelo de la crítica? Por donde el teatro viene a ser una sala de anatomía y disección, donde casi siempre huele a cadáver.

—¿No se dice eso en los periódicos?

—Sería ingenuo y nocivo. Porque en los periódicos, las críticas se improvisan. El análisis, el estudio de las come-

dias interesa a poca gente. Se publican crónicas de impresión, noticias convenientes acerca de los cómicos, del aparato escénico, del asunto de las comedias.

—Críticos hay que...

—Sí, que ponen el paño en el púlpito antes de escribir o hablar. Se lee oye y se lee a medias; ellos dicen que no se les comprende, y el vulgo se venga, elogiándolos, respetándolos.

—¿Pero nadie al juzgar se plantea el problema del conocimiento?

—Peligroso es el ejemplo de Sócrates. Porque comprendía demasiado le condenó el Areópago. No hace falta tanto para que las opiniones de los críticos se divulguen. El teatro requiere popularidad.

—¿No veo entonces la misión del crítico?

—Muy alta y muy relativa. Depende de la publicidad de que dispongan. Así, hay *Clarines* de ciento, doscientos mil o un millón de ejemplares. La palabra escrita tiene maravillosa influencia. Cuando rompió Moisés las tablas de la ley, ya los hombres conocían de memoria el decálogo. Y lo respetaban, adorando a los ídolos.

—Luego es preciso inspirar miedo y respeto.

—Por eso censuran los críticos. ¿Se entrenarían las comedias de algunos de ellos si perdieran su prestigio como censores?

—A ver si entiendo. ¿Existe una crítica profesional?

—Sí, señor. He aquí por qué van los críticos perdiendo la fe en el arte del teatro. El público les desorienta no poco. Saben que esas «buenas comedias» que dan dinero son las menos recomendables. Pero la sinceridad sería peligrosa. Cumplen su oficio informando. Y justo es consignar que algunos administran muy bien el caudal de erudición y buen sentido de que disponen.

—¿Y así se aprecia en el teatro?

—Aprecia el público. De otro modo, serían los críticos tan responsables como los autores. ¡Y eso!... Con todo, tienen infinitas molestias; por ejemplo, si censuran—¡singular atrevimiento!—a cómicos o empresarios, gente de vanidad delicada.

—Yo creía... ¿No deben ser los críticos maestros en humanidades?

—Lo son... «Es preciso—decía un filósofo—purgar con élbore blanco para mirar las cosas.» Después de cenar van los críticos al teatro. ¿Cómo quiere usted que no propendan a la ironía, que no les guíe una norma útil, prosaica y risueña? La digestión les enturbia la mirada; pero aunque mirasen limpiamente, ¡hallarían tan poco de bueno en las comedias!

—¿Hombre! Es usted excesivo. ¡Cualquiera diría que se impone un examen de críticos!

—Eso, no; pareceríamos autores, cómicos o figurantes.

—¿Entonces?

—Se lo diré a usted en secreto. Como los autores son incorregibles, los críticos cumplen su deber hasta sin cumplirlo. Habría que inventarlos si no existieran. Sin ellos, el teatro resultaría peor, porque la crítica justa sólo se concibe teóricamente. Además, sería ineficaz.

—¿Por qué?

—Porque todo lo analizaría, *au point de vue de Syrius*, constelación que no pierde su luminosidad, su transparencia... ¿Cómo, desde esa estrella, se verían los teatros? ¿Se verían?...

Francisco de LLORCA

GRÁFICO HISPANO  
FOTOGRAFADO  
ARTE GALILEO 34 TELÉFONO 1.859

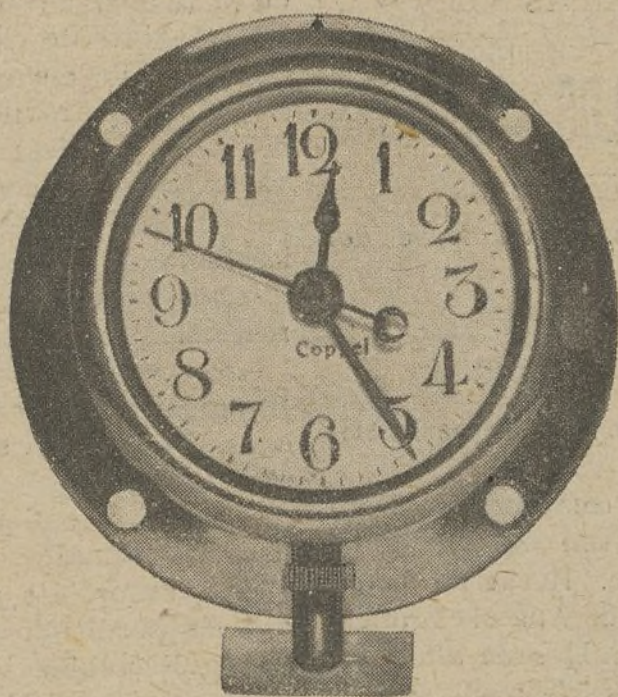


## FÁBRICA DE RELOJES

DE  
**CARLOS COPPEL**

MADRID  
Fuencarral, núm. 27.  
RELOJ ESPECIAL PARA AUTOMÓVIL

◆ ◆  
Certificado de  
garantía con ca-  
:-: da reloj. :-:



◆ ◆  
Venta al por ma-  
yor y menor. Re-  
mesas a provin-  
:-: cias. :-:

Con esfera blanca..... 75 pesetas.  
" luminosa por radio..... 90

Caja de metal blanco, niquelada, con esfera de 7 centímetros de diámetro y máquina fina de escape áncora, de marcha exacta; cuerda para OCHO días.

Carlos Coppel. ◆ MADRID ◆ Calle de Fuencarral, núm. 27.

## CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

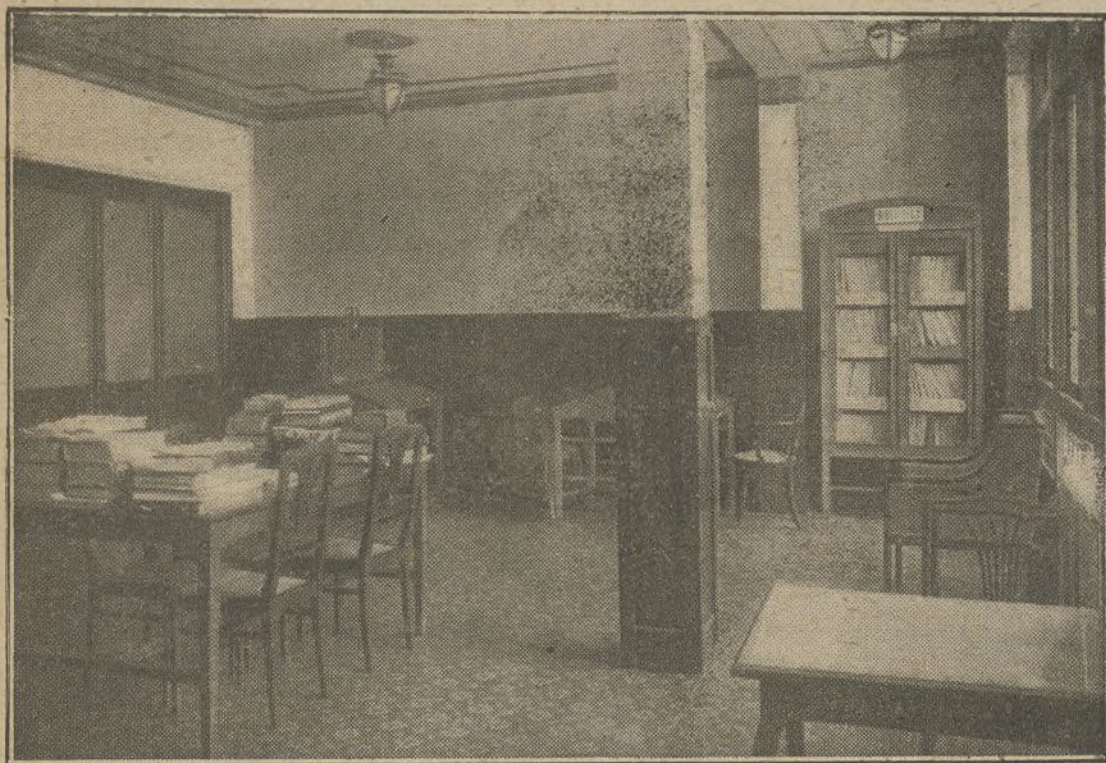
## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



Vista parcial de la Biblioteca del Hotel de París.

## GRAN HOTEL PARIS

OVIEDO

Asturias :-: España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

## Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.  
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

**BÓVEDA (LUGO)**

Impermeables Xavier

(Marca registrada)

Sastrería y pañería. Unica Casa en Asturias para uniformes militares.

XAVIER MARTIN

Universidad, 14; Sanz y Forés y Rúa, 18. Oviedo

CERVECERÍA SETIEN, DE SACRAMENTO LAFUENTE

Corrida, 11

GIJÓN

Casa especial en mariscos y bebidas de las marcas más acreditadas. Café puro moka.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid